

Configuración de la existencia en la obra *El entenado* de Juan José Saer*

Martha Mabel Lenis Ballesteros**
mlenisb@eafit.edu.co

Resumen

Este escrito pretende realizar un acercamiento hermenéutico a la noción que sobre nacimiento y muerte se presenta en la obra *El Entenado* del escritor argentino Juan José Saer, con el fin de evidenciar cómo se configura la existencia del hombre en dicha obra. Esto a través del análisis de tres momentos narrativos en los cuales la memoria y el lenguaje juegan un papel fundamental: el viaje que emprende el personaje principal hacia el nuevo mundo; su estadía con la tribu indígena Colastiné, y su regreso al lugar de partida. Tres personajes serán el referente crucial en cada uno de los momentos: el capitán de la embarcación, uno de los indígenas y el monje Quesada. Todo lo anterior, confluye en la idea de que, ineludiblemente, el hombre habita en dos realidades distintas, la primera regida por las leyes que impone la cultura, y la segunda, por las pasiones y erotismos escondidos que justifican su presencia en el mundo.

Palabras clave: existencia, nacimiento, muerte, *El Entenado*, memoria, lenguaje.

Abstract

This paper intends to perform a hermeneutic approach to the notion of birth and death is presented in the *El Entenado* novel of Argentine writer Juan José Saer, in order to account for how to configure the existence of man in this work. This through the analysis of three narrative moments in which memory and language play a crucial role: the journey that the main character into the new world; stay with the Indian tribe, which presents the work done

* Este escrito se propone como trabajo final en el curso Trabajo de Grado, orientado por el profesor Juan Camilo Suárez en el cuarto semestre de la Maestría en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit.

** Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana. Estudiante de Maestría en Hermenéutica Literaria. Universidad Eafit.

around the main character coexistence with Colastiné, and his return to the starting point. Three characters will be the crucial benchmark in each of the times: the captain of the boat, the monk Quesada and one of the Indians. Above, flows into the idea that, inevitably, the man lives in two different realities, the first governed by the laws imposing culture and second, by passion, eroticism hidden justifying their presence in the world.

Keywords: existence, birth, death, El Entenado, memory, language.

El autor y su obra

Juan José Saer, escritor argentino (1957-2005), fundamenta su obra en la constante reflexión y análisis de la existencia del ser y su función en la vida, develados gracias a la escritura y el lenguaje que en ella utiliza; un lenguaje enriquecedor, sensible y bello que media entre la historia, la cultura y la sociedad de la Argentina en que vivió. Dentro de sus obras se encuentran ensayos, cuentos y novelas, que permiten apreciar su actitud e ideología frente al mundo, con la que se opone al mecanismo ilusorio al cual acuden las dominaciones que lo circundan. Con ello, logra envolver al lector, no solo por las descripciones paisajísticas, plausibles en cada uno de sus textos, sino por la relación que establece entre la naturaleza, el lenguaje, la memoria y las pasiones que determinan algunos estados de ánimo de sus personajes.

Para Saer, la práctica de la escritura toma gran relevancia en sus obras, tanto así que por lo general, representa a alguno de los personajes como un escritor; por ejemplo, Adelina Flores en el cuento *Sombras sobre un vidrio esmerilado* (1966) y el grumete en la novela *El Entenado* (1983), son los encargados de dar cuenta, a partir de la evocación, de todo lo que acaece en el relato y fijan un punto de vista específico ante la temática que desarrollan, ya sea la percepción frente a la problemática social que presente en la Argentina de la época ante el exilio, la violencia, las perturbaciones políticas, entre otras, lo que hace posible pensar que es quizás Saer, de manera autofigurada y haciendo uso de las voces de cada personaje, quien pone de manifiesto su percepción frente a un tema, su crítica ante la situación que se presenta,

su reflexión, incluso conclusión, ante la vida; se reconoce a sí mismo mediante el diálogo con la experiencia; porque como lo afirma Romera Castillo (1981), citada por Mercedes Laguna (2005) en la Revista Lindaraja, el autor establece una relación íntima con la literatura, ya que gracias a ella puede desnudarse ante el mundo, pues “El yo del escritor queda plasmado en la escritura como un signo de referencia de su propia existencia”.

En sus obras Saer organiza su discurso de manera tal que hace evidente el concepto y la experiencia de la lectura, las letras y la escritura como parte de la vida del hombre, donde se sirve de la memoria y del lenguaje, en tanto la primera fortalece el presente y el segundo permite nombrarlo, todo para que exista y sea real, porque “las palabras en Saer cumplen una función creadora; el mundo se hace real a partir de ellas” (Alcívar Bellolio, 2011: 62), dado que “la existencia humana está constituida por el tiempo y también por el lenguaje” , entendido este último no como el instrumento para comunicar ideas, sino como “la dimensión en que se mueve la vida humana y que hace que el mundo llegue a la existencia,... porque solo donde hay lenguaje hay mundo” (García Nuñez, 1997).

La obra en tres momentos

El Entenado de Juan José Saer es un relato que cuenta con un narrador homodiegético¹, 60 años después de sucedidos los hechos, en el cual el personaje principal hace uso de la visión contemplativa que su vejez ofrece, porque es en ese momento que siente cierta apropiación de la vida, pues se encuentra en un estatus social y familiar diferente al del inicio de su historia, cuando no era nadie. El autor se sirve de la figura del adulto, en tanto considera que:

La visión que el adulto tiene, es una visión racional de ese pasado que es irracional, que se sumerge en lo inconsciente, en lo oscuro, en lo no pensado, en lo no reflexionado, y por supuesto que esa percepción adulta del mundo tiene su especificidad, su razón de ser y se integra, se vertebraba con ese mundo oscuro [...] la experiencia adulta podría verificarse en la elaboración de la forma, para poder ordenar todas esas pulsiones, esas

¹ Denominado por Gérard Genette, desde la teoría narrativa, como alguien que ha vivido la historia desde adentro, y es parte del mundo relatado. Dentro de la narración homodiegética existen dos tipos: autodiegética y testimonial; pero para el caso de *El entenado*, se estaría hablando de una narración homodiegética de tipo autodiegética (Cervetto, 2012).

emociones oscuras, confusas, esos sentimientos [...] Para poder articularlo es necesario hacerlo pasar a través de una forma, y esa forma siempre es una estructura liberada, racional, en la cual se va integrando todo eso (Gasquet, 1998).

El personaje principal del relato emprende el viaje hacia el nuevo mundo, suceso central en su vida, como un ser en estado de orfandad, pero gracias a cada situación vivida, modifica ese estado, encuentra padres, familia e hijos, como alude al final de su relato:

Tengo, ahora, nietos y biznietos [...] En los últimos años, mi vida se ha limitado a alguna que otra fiesta familiar, un paseo cada vez más corto al anochecer, y a la lectura. De noche, después de la cena, a la luz de una vela, con la ventana abierta a la oscuridad estrellada y tranquila, me siento a rememorar y a escribir (Saer, 2004: 136).

Reconstruye una anécdota experiencial² mediado por la memoria y la escritura, elementos a los cuales acude para hablar de su embarque, viaje y regreso de una expedición española. Habla entonces de un evento real histórico: el descubrimiento de América (SXVI) y lo combina con la ficcionalidad, sirviéndose de un lenguaje figurado y una lírica fantástica, que permite instaurar al lector en un mundo posible que da cuenta de dos realidades: la ficcional y la real, esencia de la condición humana. Con ello despierta en el lector la reflexión en tanto ser que existe, vive y muere: ser y parecer, estar en el espacio en que le tocó vivir:

[...] En ese idioma, (el indígena), no hay ninguna palabra que equivalga a *ser* o *estar*. La más cercana significa *parecer* [...] Y, sin embargo, son esos momentos los que sostienen, cada noche, la mano que empuña la pluma, haciéndola trazar, en nombre de los que ya, definitivamente, se perdieron, estos signos que buscan, inciertos, su perduración (Saer, 2004: 147-138).

La trama de *El Entenado* se desarrolla en tres momentos: el primero basado en el viaje de expedición hacia el nuevo mundo donde el entenado, nombrado como grumete de la embarcación, vive sus primeras experiencias de vida; el segundo se refiere a la estadía del joven durante diez años con la tribu indígena, de la cual se deduce, por su ubicación geográfica y descripción cultural, es la Colastiné. Durante esta convivencia el entenado olvida

² Definida para este caso como un suceso en particular, en marcado en acontecimientos reales y que se consolida dentro de la experiencia del hombre; para el relato sería entonces el viaje hacia el nuevo mundo.

su lengua y adquiere la indígena, es nombrado el *Delf-ghi*, en tanto ser que significa y sirve para algo útil a los de la tribu; es aquel lugar donde siente que realmente vive, existe:

Yo era arcilla blanda cuando toqué esas costas de delirio, y piedra inmutable cuando las dejé, aun cuando mi permanencia en ellas haya sido, teniendo en cuenta la edad a la que estoy llegando, relativamente corta, y aun cuando, en los años que siguieron, haya vivido, en apariencia, tantas cosas que otros llamarían importantes y variadas (Saer, 2014: 63).

. Este momento se considera como el clímax narrativo de la obra, pues el análisis de los comportamientos sociales de la tribu permite la constante reflexión que sobre la existencia humana se propone.

El tercer momento hace alusión al reencuentro con sus pares, los españoles. Encuentro que se hace posible gracias una nueva expedición que se encontraba cerca del asentamiento de la tribu. Los expedicionarios lo interrogan, pero al darse cuenta que habla en otra lengua, sienten desconfianza, e incluso repulsión y, por ser diferente, es entregado al religioso que acompaña la embarcación, pues la única forma de “salvarlo” y sacarlo de aquella contaminación pecaminosa a la cual había sido expuesto, es mediante la religión.

Este último momento narrativo incluye, además, la posterior convivencia con los monjes del convento al que es enviado para ser «salvado», los sucesos vividos con un grupo de teatro y por último su etapa senil, ya con familia y dinero, en la que narra su experiencia y establece las más sentidas reflexiones.

Un análisis más allá del relato

La vida humana se desarrolla entre el nacimiento y la muerte. Dicho desarrollo se presenta por etapas, por ejemplo: en la infancia se vive un estado de inocencia plena, donde los sueños permiten la creencia de mundos imaginarios cargados de fantasía y ambigüedad que, en el caso de *El Entenado*, muestra a los hombres que lo acompañan en ese inicio como buenos y afables, solo por el hecho de brindarle un poco de afecto, de alimento o cuidado, “Cuando llegué a conchabarme, se hubiese dicho que estaban esperándome; me recibieron con los brazos abiertos, me aseguraron que haríamos una excelente travesía” (Saer, 2004: 13).

Después de ello y poco a poco, se presenta un despertar enmarcado tan solo en esa sed de conocer y vivir sin detenimiento; esa nueva etapa es la juventud, donde la noción de mundo maravilloso e ideal se moldea a una realidad que a cada ser le toca vivir. Al abandonar la comodidad y el estado de pureza que le otorga la infancia se hunde en terrenos desconocidos, inhóspitos y desolados, movido en gran parte por el instinto. “Ya los puertos no me bastaban: me vino hambre de alta mar. La infancia atribuye a su propia ignorancia y torpeza la incomodidad del mundo” (Saer, 2004: 12).

El Entenado, por ejemplo, presenta ese mundo incierto y cambiante en la travesía hacia el nuevo mundo, la convivencia con la tribu indígena y finalmente la coexistencia en el convento con los religiosos y con los integrantes del grupo de teatro, situaciones que claramente muestran que la condición humana no se puede ocultar, que existe una necesidad que habita al ser, que es más fuerte que la razón: las pasiones, el deseo por el otro, la necesidad de revivir el placer a toda costa, pese a los valores éticos y morales impuestos por la cultura que lo rigen.

En esa situación tan extraña le esperan, al grumete, adversidades suplementarias. La ausencia de mujeres hace resaltar, poco a poco, la ambigüedad de sus formas juveniles, producto de su virilidad incompleta. Esto en que los marineros, honestos padres de familia, piensan con repugnancia en los puertos, va pareciéndoles, durante la travesía, cada vez más natural [...] De mis versos toda verdad estaba excluida... todos éramos los personajes de una comedia [...] bastante misteriosa como para que en ella nuestras falsedades vulgares y nuestros actos sin contenido fuesen en realidad verdades esenciales [...] Lo más sorprendente es que, en todo este tiempo, ninguna voz sensata se alzó para denunciarlo [...] los aplausos que festejaban mis versos insensatos demostraba la vaciedad absoluta de esos hombres y la impresión de que eran una muchedumbre de vestidos deslavados rellenos de paja (Saer, 2004).

Es evidente que todo hombre, en algún momento de su vida, devela lo que verdaderamente es, deja al descubierto aquellos instintos que lo manejan y hacen que deje de lado la postura rígida social que muestra en una realidad maquillada como estrategia para seguir vivo, pues “el vicio fundamental de los seres humanos es querer, contra viento y marea, seguir vivos” (Saer, 2004: 92), por lo que se ve obligado a crear una realidad ficticia en la que

puede dar respuesta a las conductas y normas que la sociedad del momento requiere; es un vivir desde lo público, lo exterior, que se modifica y amolda día tras día, lo que una vez más da cuenta de la condición de seres arrojados al mundo en la búsqueda de sí.

Por otro lado, una noción más sobre la existencia del hombre es que, no por el hecho de existir es, la dualidad entre el vivir y el ser se establece no por lo que se hace sino porque es nombrado, pues “El nombrar asciende el ente a su ser” (Tani y García, 1997). El entenado adquiere el nombre de grumete y luego de *Delf-ghi*, y así inicia su apertura ante el mundo, su lugar de descubrimiento, en tanto “las palabras no son etiquetas que les ponemos a las cosas, sino que surgen de la percepción significativa de las cosas” (Tani y García, 1997). Un hombre existe no por lo que representa sino por lo que significa, tal como lo advierte la tribu indígena, quienes no hablaban de lo que no sabían “son económicos y no mienten” (Boada, 2013):

La mera presencia de las cosas no garantizaba su existencia [...] En ese idioma liso y rugoso todas las cosas se nombraban de la misma manera. También una misma palabra, con variantes de pronunciación, nombra lo presente y lo ausente. Para los indios, todo parece y nada es. Y el parecer de las cosas se sitúa, sobre todo, en el campo de la inexistencia [...] Después de largas reflexiones, deduje que si me habían dado ese nombre, era porque me hacían compartir, con todo lo otro que llamaban de la misma manera, alguna esencia solidaria (Saer, 2004: 148-162).

Con esta tribu el entenado adquiere una nueva significación de los conceptos de nacimiento, vida y muerte, diferente al que traía preestablecido; descubre que el nacimiento no se presenta por el mero hecho de salir del vientre de una madre y que es claro que “todos asistimos a nuestro propio nacimiento [...] aunque no se sabe nunca cuándo se nace: el parto es una simple convención. Muchos mueren sin haber nacido, otros nacen apenas, otros mal, como abortados” (Saer, 2004: 36).

El hombre, la mayor parte de su vida, cree haber nacido y se pasa entre uno y otro ramillete de mundos posibles, espejismos de vida, sueños inconclusos, que conforman el tejido de su existencia, donde la experiencia, el recuerdo, el tiempo son los hilos conductores en la construcción de su ser:

[...] hay también, en toda vida, un periodo decisivo, que sin duda también es pura ilusión, pero que sin embargo nos moldea, definitivo. Es una ilusión un poco más espesa que el resto, que se nos prodiga para que, cuando la proferimos, podamos de un modo u otro representarnos la palabra vida. Yo era arcilla blanda cuando toqué esas costas de delirio, y piedra inmutable cuando las dejé (Saer, 2004: 102).

Si no se nace, ritual del despertar ante lo desconocido, somos solo entes exteriores, meras cáscaras vacías, que nos movemos de un lado a otro, no por placer sino por deber; no se trata entonces de vivir, pasar por el mundo, se trata de ser, dejar huella en el otro siendo como somos, de lo contrario estaríamos muertos en vida, porque para el entenado morir no es regresar a la tierra de la cual, muchos piensan, salimos, morimos cuando dejamos de existir para el mundo, incluso para sí mismo. Algunos se pasan la vida muertos, pues no marcan recuerdo alguno en la vida de alguien, no experimentan sus pasiones y solo se movilizan en un estado irreal, inventado por temor a ser. Pero en la vejez esa condición cambia porque la experiencia permite la decisión y el hecho de tener que decidir, es la vida misma, la verdadera vida:

Hay en la vida, [...] poco antes de morir, dos clases de sufrimiento: en una se sabe que se sufre y, mientras se sufre, una vida mejor, cuyo gusto persiste todavía en la memoria, es escamoteada; en la otra, no se sabe, pero el mundo entero, hasta la más modesta de sus presencias, se presentan, para el que lo atraviesa, como un lugar desierto y calcinado (Saer, 2004, 127).

Al inicio de su historia el entenado deja que el mundo decida por él, los marineros, la tribu, el padre Quesada, pero es en el “otoño de su vida” cuando decide tomar partido, quizás porque es en ese momento que a todos los hombres poco les importa lo que la sociedad piense, el señalamiento a esa edad resbala como la canoa por el río, desprovista, no de dirección, sino de reparos, detenciones; lo humano se hace humano, porque la experiencia así lo autoriza y es en el único instante, próximos a la muerte donde el temor por dejar de existir, no en el mundo, sino en la memoria, hace inevitable que se acuda a la escritura, un rito íntimo, privado que se apodera de sí como alimento y placer, que da cuenta de que ese hombre ha abarcado el secreto de la vida, se ha hecho un hombre dueño de su propia existencia.

Esa constante reflexión por el ser, permite evidenciar que el nacer, vivir y morir se confunden en un telón mimético al cual se expone toda vida humana, y que regresa solo con el recuerdo, donde todos resultamos siendo actores: “todos representamos nuestro propio papel” (Saer, 2004: 78). Es decir, la vida en el mundo exterior, un mundo en el cual nos vemos abocados a recurrir a la farsa, a la imitación de conductas, tal como lo hacían los marineros, los asadores de carne durante el festín canibalezco, los indígenas durante ciertas estaciones del año e incluso hasta él mismo cuando se inicia en las labores teatrales. Es una posición común donde todos somos personajes de una comedia, ya que la verdadera existencia, aquella que creemos verdadera, “no es más que un deleite oscuro [...] una trampa bastante misteriosa” (Saer, 2004: 78), en la que los hombres son simples títeres, cadáveres corpóreos que deambulan en una realidad fingida, mediado por ambigüedades que permiten, una vez más dar cuenta de esa impropiedad que lo absorbe en el día a día. Un ser que reclama cada realidad vivida, aunque al final comprenda que debe hacerse cargo de su propia vida, aquella que le ha tocado vivir.

Evocar a través del lenguaje

Como se refirió en párrafos anteriores, la existencia humana está constituida por el lenguaje, aunque a ello puede sumarse la memoria, núcleo fundamental en el argumento de *El Entenado*, dado que, evocando los instantes vividos, el narrador, personaje-protagonista reflexiona en torno a lo que forma parte del hombre, su vida y su muerte:

En eso se revelan iguales muerte y recuerdos: en que son, para cada hombre, únicos [...] Esos recuerdos son, para cada hombre, como un calabozo, y está encerrado en ellos del nacimiento a la muerte. Son su muerte. Cada hombre muere de tenerlos únicos, porque justamente lo que muere, lo que es pasajero y no renace en otros, lo que en las muchedumbres está destinado a morir, son esos recuerdos únicos que alimentan el engaño de un rememorado exclusivo que la muerte acabará por borrar (Saer, 2004: 178).

Así mismo se deshace de lo engañoso, se opone a la rigidez de la normatividad social y por último presenta su insatisfacción por el ordenamiento cultural contemporáneo, la «mercancía cultural que trata de ahogar o neutralizar todo lo que se intenta cuestionar» (Cella, 2006: 125); reflexiones posibles gracias a que son nombradas por la vía de la literatura, mediante un lenguaje que se sirve de la anécdota y la descripción, con el único fin de mostrar

la realidad que habita en cada hombre. “Aprendí, gracias a esos envoltorios vacíos que pretendían llamarse hombres, la risa amarga y un poco superior de quien posee, en relación con los manipuladores de generalidades, la ventaja de la experiencia” (Saer, 2004: 132).

Por ejemplo, en el relato aparece de forma diacrónica la vida de tres personajes: el capitán que dirige la embarcación donde el entenado es el grumete, una persona que pese a su valentía y su actitud inamovible, da atisbos de su condición de hombre, su verdad humana, que irrumpe hacia el exterior cuando siente la proximidad de la muerte, aspecto que se hace evidente dadas las palabras que lanza con una voz quebrada y débil, cercana al llanto, antes de que una flecha le atravesara su garganta. La mirada constante hacia la nada durante el viaje es el indicio que habla del temor y la incertidumbre que muchas veces a todos domina, pero que difícilmente puede develarse ante el otro, máximo si se posee un cargo de capitán, pues nadie puede dudar de los pensamientos, actos y directrices de quien gobierna dentro de una embarcación, pero que al ser narradas, de manera retrospectiva por el grumete, abren la puerta hacia la reflexión a la cual invita:

Ahora que soy un viejo, que han pasado tantos años desde aquella mañana luminosa, creo entender que los sentimientos del capitán en ese trance de inminencia provenían de la comprobación de un error de apreciación que había venido cometiendo, a lo largo de toda su vida, acerca de su propia condición. En la mañana vacía, su propio ser se desnudaba, como el ser de la liebre ha de desnudarse, sin duda, para su propia comprensión diminuta, cuando se topa, en algún rincón del campo, con la trampa del cazador (Saer, 2004: 29).

Asimismo, se presenta el padre Quevedo, un hombre sabio, bueno, valeroso, incluso erudito, quien después de hundirse en el placer del vino, mira al vacío sin parpadear y empieza a develar su preocupación por el futuro de los otros, sin aceptar que es su futuro el que realmente le inquieta, y camufla el verdadero sentido de sus palabras refiriéndose a las carencias del otro, un telón lingüístico para hablar de las propias; con esto es posible pensar que cada quien, por muy fuerte que sea a lo largo de la vida, lo humano, el miedo quizás a la muerte, regresa y se instaura de manera impredecible:

El padre Quesada tenía, sin duda, desde el punto de vista de la religión, algunos defectos; [...] Lo que es seguro era su amor desmedido por el vino [...] Al final, cuando ya había

tomado demasiado, se ponía triste, pero por una tristeza generosa, por los destinos ajenos, ya que del suyo propio ni una sola vez en siete años lo oí quejarse [...] El padre decía que sentía dolores fuertes en la espalda, y que únicamente el vino se los hacía pasar. En los últimos años de su vida, sin embargo, no tomaba más nada, y todavía hoy me pregunto si no fue eso lo que lo mató (Saer, 2004: 121-123).

La convivencia del entonado con este hombre y los demás religiosos, da a entender que por más que se muestre al exterior la mesura, la honorabilidad y el respeto, que en este caso otorga el poder eclesiástico, los erotismos escondidos resuenan en la noche; el interior se devela en lo oculto, ejemplificado con los actos que atendían a las pasiones de los monjes, ya sea tomando vino como Quesada que desinhibía su estado de rigidez o como los demás que entraban concubinas en la noche o realizaban contratos con artistas u otros festines que dejaban al descubierto su condición de humanos.

Otra de las imágenes que al respecto se referencia es la del indígena que tanto le llamó la atención al personaje principal, un hombre sereno, distante, incluso visto como diferente a todos los de la tribu, pero cuando era su turno de entrar en esa lobreguez desconocida, aquellos “momentos más arduos y también más peligrosos [...] donde excedidos por su deseo, se abandonaban a él y se arriesgaban a pasar, como sonámbulos, por lo más denso de la noche” (Saer, 2004: 163), ese “pozo oscuro” al cual ingresaban los indios cuando realizaban la práctica caníbal y de la que proseguía una exaltación corporal, un festín donde la carne humana y el alcohol eran los protagonistas, se volvía como uno más que brotaba de esa realidad engañosa y se sumergía en el pozo sin fondo de sus pasiones, en la negrura que rodea a todo hombre, del que ni siquiera la virtud lo salva. Era un indio que:

En esa indolencia casi imperceptible yo adivinaba, sin darme cuenta, una especie de originalidad [...] que él a pesar de todo, se reservaba la libertad de desafiar las leyes rígidas del mundo y de vivir una vida diferente a la de los demás, aun cuando la aniquilación lo acechara. [...] Su agonía confirmaba, inacabable mi error [...] Masticaba, empecinado, sin levantar mucho la cabeza su pedazo de carne, con furor creciente, como renegando en silencio por no poder, de un solo bocado, devorar, no únicamente su pedazo de carne, sino el mundo entero que lo contenía... ya en ese momento parecía ausente de este mundo que había perdido, a simple vista, toda corporeidad para él [...] el pecho un poco hinchado, la mirada cada vez más turbia, mostrando, con su opacidad, que detrás de ella no había sueños tumultuosos sino una negrura espesa y continua [...] era la costra magullada y vacía del hombre que yo había conocido (Saer, 2004: 175-178).

Ninguno de los tres personajes hacía uso del lenguaje para hablar de sí mismos, es en la evocación, en el presente del personaje principal y gracias a la escritura, que se revela ante el lector aquella realidad que circundaba a cada uno; no se necesitó de un lenguaje elaborado para concretar que en el fondo todos eran iguales: español, religioso e indígena, oscilaban entre la legalidad y la ilegalidad; es decir, unas veces movidos por las leyes que las instituciones imponían y otras por las que la naturaleza los llevaba; solo con estas últimas, la leyes naturales, su estado de salvajismo, era posible que salieran de la inexistencia para existir; salían de ese estado de somnolencia y despertaban, vivían los actos que verdaderamente justificaban su vida: las pasiones humanas.

El capitán, Quevedo y el indígena, se convierten en los esquemas prototípicos de hombre, que de una u otra forma permiten, ya en la vejez del entenado, otorgarle cierta apropiación de la vida, en tanto comprensión de lo que es: un ser que, pese a la rigidez de sus huesos, es habitado por sentimientos, emociones, necesidades naturales, aquello que muchos definirían como la miseria humana, porque gracias a ellos logra determinar con certeza, por un lado, los momentos en los cuales cada uno se ocultaba a sí mismo y, por otro, los estados que hacían que cada uno quebrantara esas simulaciones, con lo cual se identifica el personaje principal y configura su sentido de vida.

En aquel trasegar, ese pasar de la embarcación a la tribu y luego del convento a las presentaciones teatrales, el entenado se descubre a sí mismo, se apropia de su existencia y termina por sentir que pertenece al mundo que creyó haber elegido, pero que, de manera inevitable, fue el que le tocó vivir. Aquella situación de orfandad, narrada al inicio del relato, se modifica en cada momento; así, encuentra en el capitán, ser bondadoso y rígido, en el indígena referido en el párrafo anterior, de quien afirma “Me enseñó a pescar [...] a mí me parecía sentir que su sola presencia probaba cierta compasión por mi destino [...] con las criaturas era paciente y afectuoso [...] su actitud casi reverencial [...] Era como si, paternal, confirmase a los otros sus falsas expectativas” y finalmente en el monje Quesada, a quién nombra directamente padre “Tuve por fin un padre [...] Padre es para mí, el nombre exacto

que podría aplicársele –para mí, que vengo de la nada, y que, por nacimientos sucesivos, estoy volviendo [...] al lugar de origen” (Saer, 2004: 127); tres figuras paternas, que lo acogen, le brindan afecto y lo hacen partícipe de una familia, ya sea de marineros, de indígenas, o de monjes para concluir con la propia: los hijos que adopta y con quienes solidifica las bases filiales, presentadas eso sí, de otra manera, a través de su vida.

Pese a que fueron ellos tres quienes, de manera directa, representaban la realidad que habita a cada hombre, la protección y el amparo, así como la sabiduría y la valentía solo se hacían posibles gracias a ellos, por lo que se convertían, por momentos, en el ejemplo a seguir y, ya en la vejez, reconoce que fueron ellos los que más le aportaron para la comprensión de su destino; un entenado, un hijastro de la vida, de aquellos hombres que guiaron su razón en esa “ausencia de sentido, que, sin ser convocada, nos invade” (Saer, 2004: 153), para comprender que, así como él, todos son:

[...] un cuerpo que nace, cambia, y muere, palpitante, la distancia y los días, enigmas que cada uno cree, en sus años de inocencia, familiares, entre todas esas presencias que parecen ignorar la nuestra, no es difícil que algún día ante la evidencia de lo inexplicable, se instale en nosotros el sentimiento, no muy agradable por cierto, de atravesar una fantasmagoría, un sentimiento semejante al que me asaltaba, a veces, en el escenario del teatro cuando, entre telones pintados, ante una muchedumbre de sombras adormecidas (Saer, 2004: 152).

En cada uno de los momentos vividos con estos personajes se enfrenta a un nuevo nacimiento, a la iniciación de la vida:

Entenado y todo, yo nacía sin saberlo y como el niño que sale, ensangrentado y atónito, de esa noche oscura que es el vientre de su madre, no podía hacer otra cosa que echarme a llorar [...] Diez años están hechos de muchos días, horas y minutos. De muchas muertes y nacimientos también [...] (Saer, 2004: 41-101).

Con los marineros despierta al mundo del sexo y del alcohol, abandona su infancia y emprende una juventud menos engañosa mediada por el abuso y la manipulación; con los segundos, la tribu indígena, es rebautizado, adoptando una nueva lengua y vida; con el tercero, la convivencia con los monjes, reaprende su lengua natal, aprende a leer y escribir,

que en definitiva, como lo expresa el entenado, es el “único acto que podía justificar mi vida” (Saer, 2004: 120), pues gracias a la escritura, ya en su vejez, acude al recuerdo y consolida su existencia.

Así, *El Entenado*, reconstruye su historia a partir del lenguaje y la memoria, pues si se pierde la memoria, se pierde el sentido social, tal como lo representan los indígenas de la tribu con la cual convivió el grumete: el deseo por dejar impreso en el recuerdo del *Delf-ghi*, el mismo grumete, su presencia, para que fuera él quien los ayudara a permanecer en el exterior. Es la necesidad ineludible de toda raza, una forma de no aniquilación: permanecer en la memoria con un rasgo distintivo y único, eternidad que se logra gracias a la pluma y el papel que son los únicos que permanecen a través del tiempo.

Si acentuaban tanto todos sus actos como facetas, era para volverse más inteligibles y para que yo los aprendiese con más facilidad [...] Que la imagen que querían dar de sí mismos fuera buena o mala les interesaba poco; lo importante era que fuese intensa y fácil de retener [...] Casi todos los indios [...] actuaban de esa manera. El miedo de perderse en el amasijo anónimo de lo indistinto los hacía adoptar esas actitudes [...] Ese querer ser vistos y recordados con intensidad [...] (Saer, 2004: 171-172).

La figura de los personajes, el tema del canibalismo, los rituales de iniciación a la vida, las reacciones de los hombres frente a una situación dada, las costumbres y normas, tanto de los indígenas como de los españoles, son solo excusas para hablar de un tema inminente: la existencia y la inexistencia humana, que se configuran, como se ha referido, no por lo que se hace, sino por lo que se piensa, por lo que significa, dado que el hombre “es un ente que se presenta como las cosas del mundo, que se concibe a sí mismo como algo que simplemente está ahí disponible... como una presencia subsistente... la vida siempre es vida en un mundo. La relación intencional de la vida con el mundo es un dato a priori. No hay vida sin mundo” (Vélez, 2013).

Es cierto que frente a los ojos de las personas suceden cosas que hablan por sí mismas, miradas hacia la nada, lágrimas que se escapan pese a la valentía, búsquedas en los otros de lo que verdaderamente se es, apariencias de ese ser y estar en el mundo, que atisban el universo

real, pero que pocos son capaces de develar, dado que se estaría en contra de lo preestablecido y es preferible pasarse la vida encerrados en el calabozo: su propio cuerpo, que enfrentarlo. Es por esto que algunos acuden a la literatura como única forma de romper las normas, como única forma de reconstruir un mundo mediado por la evocación y las palabras, porque “la obra literaria es la expresión de una comprensión particular de la vida que se nutre de las circunstancias en las que ella se gesta... Es autointerpretación de la vida” (Vélez, 2013).

En este sentido, puede hacerse un guiño a la analítica existencial de Heidegger, en lo que se refiere concretamente a la apropiación y a la impropiedad. Entonces, ¿De qué manera se apropia el personaje, en este caso el entenado, de su propia vida? Ante esto podría insinuarse que hay momentos de apropiación, pero es sabido que nadie alcanza una apropiación total, pues esta llega cuando ya se ha transcurrido un vasto camino, tal como le sucede al entenado, pues cómo comprender su existencia al inicio si es en la vejez, donde la experiencia y los recuerdos acuden en la reconstrucción de su propio mundo, comprendiendo así que tanto la vida como la muerte se convierten en hilos conductores de su experiencia.

Porque vida y muerte, son ineludiblemente, pilares en la configuración de la existencia del hombre que no pueden desconocerse, en tanto éste se mueve en un camino que va desde el surgir al deceso; no de manera literal sino metafórica, en el caso de *El Entenado*, pues se habla de vida cuando el ser la toma en sus propias manos y de muerte cuando se deja pasar la vida sin ningún detenimiento, ya que “una vida no es más que un fenómeno biológico, en tanto la vida no sea interpretada” (Ricoeur, 2006). Así, “la vida humana puede y necesita siempre proporcionarse a sí misma una interpretación o una comprensión de sí misma con el fin de orientarse en el mundo” (Vélez, 2013).

En este sentido, el entenado alcanza una apropiación tan profunda que logra entenderse con su entorno, con el otro y consigo mismo, así lo expresa: “este mundo [...] está hecho de bien y de mal, de muerte y de nacimiento, hay viejos, jóvenes, hombres, mujeres, invierno y verano, agua y tierra, cielo y árboles; y siempre tiene que haber todo eso; si una sola cosa faltase alguna vez, todo se desmoronaría”, y ya en su vejez comprende el verdadero rol

otorgado por aquellos indígenas que “andaban... del nacimiento a la muerte, perdidos en esa tierra desmedida” (Saer, 2004); pues era él quien edificaría su existencia, mediante la reconfiguración de su vida por el relato.

En la interpretación de su existencia, el entenado no busca racionalidad en los actos humanos referidos durante todo el relato, sino dar cuenta de cómo esos actos humanos se inscriben en un nacimiento y en una muerte que no es la comúnmente designada; además dejar claro que en su obra no se representan a unos personajes en particular, sino a la condición misma del hombre en el siglo XX; en tanto que muestra aspectos del mundo que pasan inadvertidos, tales como las miradas hacia la nada del capitán, la vida nocturna de los monjes y la participación inesperada de uno de los indígenas en el ritual caníbal; una serie de sucesos que hablan solo de las dos realidades creadas por todo hombre: la que se muestra en sociedad y es modificada según las exigencias del medio, y aquella que se vive al interior, que devela la verdad de cada uno, en tanto ser que ama, llora, se equivoca, posee temores, pasiones y deseos; podría denominarse entonces el verdadero sentir humano.

BIBLIOGRAFÍA

Alcívar, Daniel (2011) “Es un decir”: Biografía y autorreferencialidad en dos cuantos de Juan José Saer. En: *Lingüística y Literatura*, 60, núm. 26, Universidad de Antioquia, pp. 59-71.

Bajtín, Mijail (1989) *Teoría de la novela*. Madrid: Taurus.

Boada, Sergio (2013) La vida extranjera: reflexiones acerca de “El Entenado” de Juan Jose Saer y su mirada sobre la condición humana. En: *FAIAPoyecto*, 2, núm. 8 (Junio 25), pp. 9-12.

Cervetto, Martín (2012) Conceptos fundamentales de teoría literaria: los tipos de narrador. En: *Literatura peruana y latinoamericana*, 3, núm. 12, Universidad Peruana las américas, pp. 10-21.

Colom, Francisco. (1998) *Razones de identidad: pluralismo cultural e integración política*. Barcelona: Ed. Anthropos.

Elphick, Lilian. (2013). Apuntes sobre “El Entenado”, de Juan José Saer. En: *Bitacóra*, núm. 8, pp. 139-146.

Gasquet, Axel (1998) Entrevista al escritor argentino Juan José Saer. En: *Revista de libros de Guadalajara*, 1, núm. 4, pp. 34-39.

Heidegger, Martín (1998) *Ser y tiempo*. Santiago de Chile: Editorial universitaria.

Ramírez, Carlos (2011) El entenado y la representación estética del solipsismo. En: *Escritos*, 19, núm. 42, Universidad Pontificia Bolivariana, pp. 217-228.

Rodríguez, Emir (1979) “Carnaval/Antropofagia/Parodia”. En: *Revista Iberoamericana*, 45, núm. 108-109 (Julio-Diciembre), University of Pittsburgh, pp. 401-412.

Ricoeur, Paul (2006) La vida: un relato en busca de narrador. En: *Folios Revista de la Facultad de Humanidades*, núm. 17, Universidad Pedagógica Nacional, pp. 47-55.

Saer, Juan (2014) *El Entenado*. Buenos Aires: Grupo Editorial Planeta S.A.

Sarlo, Beatriz (2007) *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: siglo XXI.

Vélez, Germán (2012) La analítica existencial como posible guía de una hermenéutica literaria. En: *Cuadernos de Filosofía*, núm. 28-29, Universidad de Concepción, pp. 37-53.